

impide ser responsable, pero no lo es de su punto de partida. Conviene no perder esto de vista al apreciar los filósofos del siglo XVIII; su incredulidad era fatal. El responsable es el catolicismo, no la filosofía.

N.º 2. — *Los espiritualistas.*

a. — *Voltaire* (1).

I.

Voltaire escribe al príncipe de Gallitzin, embajador de Rusia en la corte de Versalles: «Hace unos quince años se está verificando en los espíritus una revolución que ha de formar época. *Los gritos de los pedantes anuncian este gran cambio, á la manera que los graznidos de los cuervos anuncian el buen tiempo*» (2). ¿Quién ha producido tan feliz revolución, y en qué consiste ésta? Ha roto las cadenas de la superstición; los filósofos, Voltaire en primer término, son los libertadores de la humanidad. Los graznidos de las aves nocturnas no han cesado; en nuestros días, época de vergonzosa reacción, han redoblado, pero les hacen falta las tinieblas de la ignorancia para hacerse oír; la luz de la razón los rechaza y los relega á sus oscuras guaridas. ¿Anuncian también esos mochuelos el buen tiempo, como los cuervos de que habla Voltaire? Por lo ménos revelan la grandeza del hombre, contra el cual se dirigen tan furiosos clamores. Cuando Voltaire sufre sus ataques, bien puede asegurarse que declaran la guerra á la razón humana sus eternos enemigos, los hombres del pasado, que echan de ménos el tiempo feliz en que la Iglesia dominaba en el mundo en nombre de un pretendido dogma divino. ¡Vana tentativa! No se resucitan las religiones que han muerto. Es un milagro tan imposible como aquellos en que se funda la revelación cristiana. Las cadenas que cautivaban el libre pensamiento han sido rotas, y la humanidad reconocida saludará siempre con sus aclamaciones al genio extraordinario que contribuyó más que otro alguno á su emancipación.

(1) *Obras de VOLTAIRE*, edic. de Renouard.

(2) *Carta* de 16 de Agosto de 1767 (*Obras*, t. LIV, p. 249).

Nada más estúpido que la reacción del pasado contra el porvenir. Escuchemos á los defensores de la Iglesia; basta oír sus gritos de furor para apreciarlos á ellos y al hombre á quien atacan. Hé aquí un honrado sacerdote, á quien la revolución ha hecho perder la cabeza; se queja de Voltaire: «Setenta años de blasfemias, dice Barruel, de sofismas, de sarcasmo, de mentira, de odio contra Cristo y contra todos sus santos, han hecho de Voltaire el corifeo de los impíos del siglo. Nunca el abuso de los grandes talentos sirvió más eficazmente á la irreligión; nunca hombre alguno ha destilado con tanto arte el veneno de los errores y de los vicios, ni sembrado con tantas flores los caminos de la mentira y de la corrupción, ni seducido á la adolescencia con tantos prestigios, hecho tantos apóstatas, causado tantas pérdidas y ocasionado tantas lágrimas á la Iglesia. Su pluma era la espada del *Mahoma de Occidente*» (1). El abate Barruel no advierte que, queriendo deprimir á Voltaire, lo exalta. ¿No es Mahoma el fundador de una religión poderosa que ha puesto fin al imperio del cristianismo en una gran parte del Oriente? Si Voltaire es el *Mahoma de Occidente*, es también un fundador de religión. En efecto, ha fundado una religión nueva: se llama la humanidad, y el primer dogma que enseña es la tolerancia; al paso que el cristianismo tradicional, por medio de Bossuet, último Padre de la Iglesia, convertía la intolerancia en un derecho y un deber, de modo que la libertad de pensar era una herejía. ¿Cuál es la religión que hoy seguimos, la de Bossuet ó la de Voltaire? En nuestras constituciones está consignada la libertad de pensar, y la intolerancia ha llegado á ser un crimen.

Cuanto más avanza la reacción del catolicismo, más estúpida se hace. El abate Barruel era al ménos un hombre sinceramente religioso, mientras que apenas puede decirse que la religión inspira al fogoso de Maistre: es el tipo de los que hoy se llaman conservadores; pero los conservadores católicos, si se les dejase, serían los peores de los revolucionarios, porque harían volver los pueblos á la Edad Media, hasta por la fuerza en caso necesario. Se concibe que el siglo XVIII les estorbe en semejante empresa; de aquí su

(1) BARRUEL, *Historia del clero durante la revolución francesa*, p. 82.

santo furor. En lugar de combatir por medio de la razon á los que con la razon han combatido al cristianismo tradicional, no encuentran más que injurias y maldiciones impotentes. El conde de Maistre admira á Voltaire, pero es para censurarle mejor: «Suspense, dice, entre la admiracion y el horror, á veces quisiera levantarle una estatua por mano del verdugo» (1). «Un hombre solo, á quien el infierno habia dado sus poderes, se presentó en la arena. Nunca habia sido manejada el arma de la sátira de una manera tan formidable, ni jamas se la habia empleado contra la verdad con tanto atrevimiento y éxito. Hasta él la blasfemia, limitada por el desagrado, no hacia daño más que al blasfemador; en boca del más culpable de los hombres, llegó á ser contagiosa y *agradable*» (2).

Un libelista, á quien no puede negarse talento para injuriar, ha insistido sobre este mismo tema. Los ángeles caidos que llenan el infierno católico han caido por orgullo, y corrompen á los hombres por la impureza; tal fué Voltaire, si hemos de creer á M. Veuillot, y el escritor frances es el órgano más franco de su partido; por este concepto merece ser escuchado: «El orgullo y la impureza caracterizan al siglo XVIII, y ha recibido el nombre del escritor cuyo genio han inflamado estas pasiones. Con razon se le llama el *siglo de Voltaire*. Ningun otro siglo ha sido bautizado con el nombre de un literato, y ningun otro ha falseado y manchado más la conciencia humana. Nunca ha sido más general, más páfida, ni más arrogante la conjuracion de perversidades que en todo tiempo se arma contra la ley de Cristo. Lutero se lanzó bramando contra lo que queria destruir. Dejó algo, creyó al ménos dejar algo á Jesucristo y al pudor. Voltaire no ha respetado nada..... La obscenidad fué su arma predilecta. Ha emponzoñado con su veneno una literatura que era la literatura del mundo civilizado. Esos sofismas perniciosos en que tropiezan nuestros sectarios, esa burla imbécil en que tantas almas se refugian obstinadamente contra la verdad y contra la salvacion, esa depravacion casi universal de las letras y de las artes, es la savia de Voltaire. Ha reunido y disci-

(1) DE MAISTRE, *Veladas de San Petersburgo*, IV diálogo.

(2) IDEM, *Del Papa*, conclusion.

plinado, por decirlo así, todos los principios del mal; ha formado con ellos un ejército permanente; le ha dado una táctica, y ha vencido. La victoria del orgullo y de la impureza fué completa» (1).

Confunden tanta audacia y tanta ignorancia; ¿qué sería de la verdad histórica si alguna vez la Iglesia llegase á triunfar del libre pensamiento? ¿Lutero y Voltaire ángeles de orgullo y de impureza! ¿Ignoran, pues, los católicos que el orgullo y la impureza imperaban en el Vaticano cuando el piadoso Lutero visitó la capital de la cristiandad? ¿Ignoran que la incredulidad reinaba en el trono de San Pedro cuando el monje sajón se rebeló contra Roma? ¿Sof los católicos los únicos que no saben que el reformador salvó al cristianismo, y que, si todavía queda fe en el mundo, se le debe á él? Sus gritos de rabia contra Voltaire son igualmente estúpidos. ¿Quién luchó toda su vida contra el ateísmo y contra el materialismo? ¿Quién salvó la idea de Dios y con ella la posibilidad de una religion? ¿Acaso los abates y los obispos que hacian la corte á las prostitutas reales? ¿Data la impureza del tiempo de Voltaire? ¿Quiénes fueron sus primeros maestros? Los abates. Y ¿de dónde habian tomado los ungidos del Señor su incredulidad y su impureza? Del piadoso siglo del piadoso Luis XIV; ¿de aquel modelo de príncipes cristianos, segun el clero de Francia!

¿A qué insistir en combatir á gentes que no dicen lo que piensan, ó no saben lo que dicen? A las injurias que lanzan contra Voltaire no puede responderse otra cosa sino lo que Luciano decia á Júpiter: «Tú te enfadas, Júpiter, luego no tienes razon.» Sin embargo, importa consignar que esas vociferaciones del odio clerical no hacen fortuna fuera de la sacristia. Opongámosles los juicios de los grandes hombres que honran el espíritu humano. Uno de los escritores célebres de la Alemania, un pensador cristiano, y por muchos conceptos antípoda del burlón frances, Herder, pone á Voltaire entre los *ángeles de la humanidad*. Este es el contrapeso de la censura del conde de Maistre y de sus imitadores. Escuchemos al filósofo alemán: éste nos eleva sobre las pequeñas pasiones en que se agitan las gentes de iglesia, y nos trasporta al ter-

(1) VEUILLOT, *Misceláneas*, t. VI, p. 520.

reno pacífico de la filosofía del siglo XVIII; no le gustaba oír hablar del cristianismo con frívola ligereza, no sentía simpatía alguna hacia el escepticismo; porque era un hombre de fe y de sentimiento. Esto no le impide celebrar el genio que durante un siglo ejerció un imperio absoluto sobre el mundo civilizado, que fué leído en todas partes, que fué admirado por los que le leían, y escuchado, seguido por sus lectores, que se convertían en otros tantos discípulos. « ¡Cuánto ha hecho, exclama Herder, aquel gran escritor por el bien de los hombres! Ha difundido la luz de la razón, el sentimiento de la humanidad, la tolerancia » (1).

Citemos además las palabras entusiastas de Goethe, el genio más grande de los tiempos modernos: « La naturaleza creó en Voltaire el hombre más eminente, dotado de todas las cualidades que caracterizan y honran á su nación y le encargó de presentar la Francia al universo... Voltaire será mirado siempre como el hombre más grande en literatura, quizá de todos los siglos, como la creación más asombrosa del autor de la naturaleza, creación en la que por una sola vez ha querido reunir en la frágil organización humana todas las variedades del talento, todas las glorias del genio, todos los poderes del pensamiento. » Nos sería fácil multiplicar estos testimonios de admiración; no van dirigidos únicamente al escritor, como dicen los católicos; se dirigen ante todo al pensador, al filósofo, y por consiguiente al adversario del cristianismo histórico. También los partidarios de lo pasado suelen reconocer el genio de Voltaire, ¿quién podía negarlo? Pero lo maldicen como una inspiración del demonio del orgullo y de la impureza; al paso que Goethe y Herder ven en el rey del siglo XVIII los signos de la divinidad.

Voltaire ha recibido en nuestros días un homenaje más característico. A Goethe, y en cierto sentido á Herder, se los podría recusar como cómplices de aquél á quien alaban. Pero hé aquí un pensador cuyas convicciones cristianas nadie pondrá en duda. Bordas-Desmoulins confundirá con su elevada razón las mezquinas apreciaciones de los reaccionarios católicos: « Voltaire es el héroe de la emancipación universal de las naciones. A él corres-

(1) HERDER, *Auch eine Philosophie der Geschichte der Menschheit*.

ponde verdaderamente el elogio tan poco merecido que dirige á Montesquieu de haber encontrado y devuelto á la humanidad los títulos que había perdido. Voltaire predicando la tolerancia, la libertad y la fraternidad, es más cristiano que Bossuet defendiendo la intolerancia y la tiranía. Si Voltaire subleva su siglo contra la revelación, es porque los ministros de la revelación se negaban á separarla de la intolerancia. Bossuet no vacila en incluir entre las herejías la negación del derecho de la fuerza, y celebra con entusiasmo la revocación del edicto de Nantes. ¿Podemos extrañar, pues, que Voltaire haya creído que la intolerancia era inherente á la revelación, que las haya confundido en el mismo odio, y jurado su destrucción total? Si Voltaire quitó en Europa sus creencias á varias generaciones, en cambio ha conquistado sobre el globo entero los derechos de la razón para las generaciones futuras, y fundado el imperio temporal de Cristo, destruyendo en las almas su imperio eterno » (1).

¿Qué distancia entre el pensador francés y los ultramontanos que no saben más que maldecir una filosofía, último término de un movimiento inmenso, del cual no comprenden ni el espíritu, ni la tendencia, ni aún los resultados, por más que se hallen escritos en nuestras constituciones! También Bordas-Desmoulins se hace una ilusión, cuando cree que el cristianismo tradicional, encarnado en la Iglesia católica, rechazará un día la intolerancia que crea un abismo entre la religión de lo pasado y las aspiraciones del porvenir. El catolicismo, que el escritor galicano desearía reconciliar con la filosofía del siglo XVIII, condena y condenará siempre esa filosofía como una emanación del infierno. Su dogma le obliga á ello. ¿No es en nombre de su derecho divino, como órgano infalible de la verdad eterna, como la Iglesia ha proscrito, condenado, quemado á los libres pensadores? Y ¿puede sin abdicar, sin suicidarse, renunciar á su derecho divino, á su infalibilidad? Desde el punto de vista de una religión humana, imperfecta, pero perfectible, nada más fácil que comprender el papel de Voltaire en el desenvolvimiento progresivo de la humanidad, y cuan-

(1) BORDAS-DESMOULINS, *Discurso sobre Voltaire* (*Misceláneas*, p. 490 y siguientes).

do se le comprende, preciso es ensalzarlo. Esto es imposible para los partidarios de una revelacion milagrosa, inmutable. Esta oposicion tan fatal como ciega de la religion del pasado contra Voltaire es precisamente lo que constituye la gloria eterna de aquel que se atrevió á imponerse la mision de destruirla.

## II.

Voltaire mismo cuenta la famosa conversacion que tuvo, siendo aún muy jóven, con un magistrado ante el cual fué citado por uno de sus inmortales folletos. El agente de policía, Hérault, le dijo: «*No destruiréis la religion cristiana.*» «*Eso ya lo veremos*» respondió Voltaire (1). ¿Quién no conoce las palabras siniestras que, en cierta época de su vida, aparecen en toda su correspondencia? *Aplastad á la infame.* «Este es el estribillo de todas vuestras cartas, le escribe d'Alembert, como la destruccion de Cartago era el estribillo de todos los discursos de Caton en el Senado» (2). Voltaire añade: «Nuestra principal ocupacion en esta vida debe ser combatir á ese monstruo» (3). Que la guerra contra el catolicismo haya sido el objeto principal de toda su vida, ¿quién podría negarlo? Sus primeros versos fueron una declaración de guerra á muerte. *Edipo* apareció en 1718; escuchemos los versos que dirige el poeta á los sacerdotes por medio de Yocasta:

*«Ces organes du ciel sont-ils donc infaillibles?  
Un ministère saint les attache aux autels,  
Ils approchent des dieux, mais ils sont des mortels.  
Pensez-vous qu' en effet, au gré de leur demande,  
Du vol de leurs oiseaux la verité depende?...  
Non, non, chercher ainsi l'auguste vérité,  
C'est usurper les droits de la divinité  
Nos prêtres ne sont pas ce qu' un vain peuple pense;  
Notre crédulité fait toute leur science. (a)*

(1) *Carta á d'Alembert*, de 20 de Junio de 1760 (*Obras*, t. LXII, p. 115).

(2) *Idem*, de 8 de Setiembre de 1762 (*Obras*, t. LXII, p. 202).

(3) *Idem*, de 30 de Enero de 1762 (*Obras*, t. LXII, p. 268).

(a) «Esos órganos del cielo, ¿son, pues, infalibles? Un santo ministerio los une á los altares y los acerca á los dioses, pero son mortales. ¿Creéis, en efecto,

Condorcet, el amigo, el discípulo de Voltaire, tan encarnizado contra el catolicismo como su maestro, nos dará el comentario de estos versos célebres, haciéndonos conocer el pensamiento íntimo del jóven poeta, que lanzaba tan audaz provocacion á una Iglesia todavía omnipotente. «Desde el renacimiento de la filosofía, la religion cristiana no habia sido atacada más que en Inglaterra. Leibnitz, Fontenelle y los demás filósofos, acusados de pensar libremente, la habian respetado en sus escritos. Bayle mismo, por una precaucion necesaria para su seguridad, aunque se permitió toda clase de objeciones, aparentaba querer probar simplemente que solamente la revelacion puede darles contestacion. Entre los Ingleses aquellos ataques tuvieron poco éxito. La parte más poderosa de la nacion creyó que habia utilidad para ella en dejar al pueblo en las tinieblas; convirtieron el respeto á la religion establecida en una especie de conveniencia social. Voltaire dirigió todos sus ataques contra la religion católica. Una multitud de obras en las que emplea alternativamente la elocuencia, la discusion y principalmente el ridículo, se propagaron por toda Europa, bajo todas las formas que ha podido inventar la necesidad de disimular la verdad ó de hacerla interesante. Su celo contra una religion que consideraba como la causa del fanatismo que habia desolado la Europa, de la supersticion que la habia embrutecido, y como la fuente de los males que aún seguian produciendo aquellos enemigos de la humanidad, redoblaba su actividad y sus fuerzas. *Estoy harto*, decia un dia, *de oírles repetir que han sido suficientes doce hombres para establecer el cristianismo, y tengo ganas de hacerles ver que basta con uno para destruirlo.*» Este uno era una legion. Atacó á todo el cristianismo: «La crítica de las obras que los cristianos consideran como inspiradas, la historia de los dogmas que desde el origen de esta religion se han introducido sucesivamente, las contiendas ridículas ó sangrientas que han suscitado, los milagros, las profecías, las consejas divulgadas en las historias eclesiásticas y en las leyendas, las guerras religiosas, las

que obedeciendo á su voluntad, dependa la verdad del vuelo de sus aves?... No, no; buscar de este modo la augusta verdad, es usurpar los derechos de la Divinidad; nuestros sacerdotes no son lo que piensa un pueblo ignorante; nuestra credulidad hace toda su ciencia.»

matanzas ordenadas en nombre de Dios, las hogueras, los cadavres que á la voz de los sacerdotes cubrian la Europa, la sangre de los reyes derramada por el hierro de los asesinos; todos estos objetos reaparecen incesantemente en todas sus obras bajo mil colores diferentes. Excitaba la indignacion, hacia derramar lágrimas, lanzaba el ridículo. No temia presentar con repeticion los mismos cuadros, los mismos razonamientos. Dicen que incurro en repeticiones, escribia; pues bien, seguiré repitiendo hasta que se corrijan» (1).

Es tan cierto que la guerra contra la Iglesia es el objeto de toda la existencia de Voltaire, que sin esta pasion no es posible comprender sus escritos, y no teniéndola presente, se forma una idea falsa de aquel genio prodigioso. Es poeta, pero no lo es á la manera de Racine y de Goethe, no cultiva el arte por el arte; el teatro es un arma formidable de que se sirve para influir sobre los espectadores; persigue el fanatismo, predica la religion natural; no es un artista, es un luchador, el soldado del libre pensamiento. Es historiador, pero no se ha de buscar en él un narrador ni aún un filósofo imparcial: la historia es una acusacion contra la Iglesia: los que le echan en cara que su filosofía de la historia es falsa, porque no está inspirada en la ideal de progreso, no le comprenden; si hace una guerra implacable al pasado, es para destruirlo, y ¿para qué lo ha destruir sino para llegar á un porvenir mejor que es su ideal? Se le acusa de ser cortesano de la monarquía absoluta; no se ve que, si se digna hacer la corte á los reyes, es para recordarles incesantemente que la Iglesia es el enemigo nato de la soberanía civil: quiere unir á los príncipes contra el comun enemigo de todos. Hay una admirable unidad en aquella existencia tan agitada, en aquella actividad tan variada; su consigna, que en todas partes reaparece, en el poeta, en el historiador, en el filósofo, en el hombre y en el escritor, es, *aplástad á la infame*.

*El infame* ¿era la supersticion ó el cristianismo? Un ministro reformado, hombre de elevada inteligencia, es quien hace la pregunta. Vinet responde: «El cristianismo» (2). Nosotros respon-

(1) CONDORCET, *Vida de Voltaire* (VOLTAIRE, *Obras*, t. LXIV, p. 107 y sig.).  
 (2) VINET, *Historia de la literatura francesa en el siglo XVIII*, t. II, p. 8.

demos; no, es el fanatismo. Preguntábase á Voltaire con qué habia de reemplazar las preocupaciones que con tanto encarnizamiento destruía, y respondió: *Os he librado de una fiera que os estaba devorando y me preguntais qué pongo en su lugar?* (1). Esta fiera no es el cristianismo de Jesucristo, es el cristianismo tal como existia en el siglo XVIII en los países católicos: es el catolicismo, pero degenerado, decrépito, sin nada ya de la vida poderosa que habia animado á la Edad Media, que se contentaba con disfrutar de sus beneficios, que no hablaba á los pueblos más que para denunciarles el libre pensamiento, que no se dirigia á los reyes más que para adularlos, adulando hasta sus vicios para dominarlos y para explotar al mundo con su auxilio. Esta es la fiera con la que luchó Voltaire cuerpo á cuerpo toda su vida. Él mismo nos lo dice.

### III.

¿Qué es lo que causa hoy la debilidad de la Iglesia y la fuerza de sus enemigos? Los libres pensadores siguen siendo una exigua minoría; sin embargo, en las batallas electorales, allí donde las clases inferiores tienen mayoría, la Iglesia sucumbe. Sucumbe al ménos do quiera que hay un elemento intelectual, en las ciudades; si conserva su influencia en los campos, es porque tiene cuidado de cultivar en ellos la ignorancia y la estupidez. Aun en los campos sucumbiria, si no tuviese como aliada una aristocracia territorial, más desprovista de inteligencia todavía que las poblaciones sobre las cuales impera. ¿Cuál es la razon de este hecho? ¿Por qué los electores católicos votan contra la Iglesia? Es que hay una antipatía instintiva pero profunda contra la dominacion del sacerdote hasta en las clases ménos ilustradas. Ahora bien: la Iglesia católica aspira por su esencia á la dominacion; dejaria de existir el dia que renunciase á su eterna ambicion. De aquí una lucha incesante de la sociedad que no quiere ya el yugo sacerdotal contra la Iglesia condenada por su pasado á sostenerlo. La lucha no cesará sino con la ruina ó la trasformacion del catolicismo.

(1) CONDORCET, *Vida de Voltaire* (VOLTAIRE, *Obras*, t. LXIV, p. 167).